A LOS SUSCRIPTORES DE

LA ALARMA

PERIODICO SEMANAL

REDACCION Y ADMINISTRACION, MANRIQUE NUM. 154

HABANA.—MIERCOLES ENERO 10 DE 1894

Estábamos gozosos de la aceptación obtenida por LA ALARMA entre el elemento trabajador. Mayor beneplácito no podíamos esperar. Cada un número publicado ha sido un jalón puesto en el camino de la redención. Los copartícipes en ideas nos alentaban ofreciéndosenos para todo, los trabajadores en general nos recibían con agrado y con aplauso, y aun los que por disentir en ideas se les llama á veces enemigos mostraban su contento por la campaña de propaganda iniciada por nosotros en LA ALARMA. Entre el pueblo no sabemos de uno que haya significado desagrado por la obra que en LA ALARMA comenzamos.

Pero lo que place á los humildes, disgusta á los poderosos; lo que beneficia á los pobres, perjudica á los ricos; lo que favorece la paz y el adelantamiento del pueblo, imposibilita los disturbios y el atraso de la humanidad; y así, si entre los obreros encontramos cariño y amor, entre los burgueses y sus servidores hallamos recelos y rencor; si los trabajadorns allanaban el paso á nuestra misión y nos protegían y auxiliaban, entre los adinerados y vividores se nos hostiga y obstaculiza nuestro propósito.

Se nos combate solapadamente; se nos ataca por el ideal que perseguimos, y en vez de declararlo públicamente, búscanse triquiñuelas ridículas. Mas á ecuanimidad pocos nos ganarán. Aguantaremos cuanto podamos, evitando toda exasperación.

LA ALARMA ha sido suspendida por el gobernador regional. ¿Por qué? Por entender dicho señor que para llenar los requisitos legales para la publicación de un periódico, debe declarar el Ayuntamiento que el director del tal «está en el pleno uso de sus derechos civiles y políticos» y el Ayuntamiento declara respecto á nuestro director que «no consta que esté priva do de sus derechos civiles y políticos». Y al reclamar en el Ayuntamiento que extendiera de nuevo la declaración de estar nuestro director en el uso de sus derechos civiles y políticos en la forma que el gobernador regional exije, se ha negado á hacerlo diciendo que allí todos los documentos se expiden en la forma que lo está el nuestro, y que ellos más no pueden hacer constar de nadie que les pida tal certificación, pues no pueden ellos cerciorarse de si está ó no privado en otro lugar del referido uso de derechos civiles y políticos. Y el capitán general, á quien también se nos dirigió, díjonos que esto era sólo un juego de palabras, y que mandaría un volante á gobernación; pero apesar de la razón que da el Ayuntamiento y de lo que afirma el general, el gobernador mantiene la suspensión de LA ALARMA hasta que no se le dé el documento que exige.

Esta es la causa de que LA ALARMA haya desaparecido, y al publicar este impreso, no es para tratar la cuestión desde el punto de vista legal, y sí sólo para comunicarlo á nuestros suscriptores.

Nuestro criterio sobre la ley lo conocen ya. Las frases que en el último párrafo del doctrinal del número 3 citábamos de un gran jurisconsulto y las no menos conocidas de Prudhon de que «la ley es una telaraña que atraviesan las moscas grandes y en la que quedan enredadas las pequeñas», son la síntesis de nuestro criterio. Por esto, no queremos oficiar de leguleyos. Pero sí obraremos como anarquistas. Sin LA ALARMA como con LA ALARMA seguiremos propagando nuestros principios; cuando una puerta se nos cierra, nosotros nos abrimos dos

Se nos ha imposibilitado dar una gran reunión pública de propaganda, negándonos locales á propósito, y hemos dado varias en diversos locales; se nos priva de dar reuniones en el Círculo de Trabajadores por considerar que no reune condiciones higiénicas y de solidéz, y las daremos en otros lugares; se nos mata un periódico, publicarémos si es necesario libros en folio.

Lo hemos dicho y lo repetimos: no somos bravucones que confíen amedrentar, ni infelices que se les pueda abatir. Conocemos nuestro derecho y nuestro deber y á ellos nos atemperamos.

LA ALARMA ha muerto, y para cumplir el compromiso con los suscriptores damos esta hoja suelta con los trabajos que teníamos preparados para el número 4.

De lo dicho entendemos que cuantos nos lean comprenderán bien nuestro objeto. No queremos perder tiempo inútil con reclamaciones, ni lamentos: pero tampoco queremos dejar de propagar nuestros principios.

He aquí parte de lo que teníamos preparado para el número 4.

1893

Transcurrió ya el año 1893. Será indudablemente uno de los que más resaltará en la historia de la centuria que estamos finalizando. Podríamos llamarle sintomático. Los desarreglos en el organismo social capitalista son tales que se debe pronosticar estado gravísimo. El régimen capitalista, como los viejos libertinos, se va vertiginosamente combatido por sus propias liviandades.

Se ha abusado de todo: de la riqueza, del poder, de la bondad.

Todos los filósofos, desde Salomón á Marx Nordau, han aconsejado el repartimiento de bienes entre los hermanos, la templanza en los poderosos y el amor á los desvalidos; pero si bien, una vez muertos, se les ha ensalzado á algunos como á Cristo, Mahoma y Budha, levantado templos para adorarlos, en la práctica han sido burladas con sarcasmo sus consejos.

Llegaron los cristianos á dominar al mundo civilizado y cuando se creían en su mayor apogeo, cuando Roma era emporio del arte y del saber, cuando los más bellos monumentos eran las catedrales y las mejores haciendas las abadías y los conventos, recibieron herida mortal por la Reforma, que combatía tanto lujo, tanto poder y tanto olvido de los humildes en nombre del mismo Maestro que se simulaba venerar en el hogar y en las congregaciones, en la iglesia y en la calle. Desde entonces el poder religioso pasó á ser servidor del señoría, en vez de dueño absoluto de seres y objetos como era antes. Igual sucedió al régimen feudal. Desatendióse y estrujóse al siervo, se abusó del poder y de la riqueza, y los aristócratas cayeron para siempre, relegándolos á figuras que sirvieran de escarnio y de ludibrio.

Lo sucedido en 1893 demuestra que el régimen capitalista, el imperio de la que fué clase media y que es hoy la clase más encumbrada, está hoy agonizando. No ha pasado un sólo día sin que se mostrara el malestar, la dolencia incurable que adquirieron, con su afán de usura, los herederos de los revolucionarios de antaño.

Acapararon cuanto el ingenio humano descubrió y hábilmente reunió en su provecho y lo que debiera haber sido causa de bienandanza, vino por dicho hecho á serlo de angustia. Queriendo beneficiarse ellos sólos, perjudicáronse á sí mismos y á los demás. El descubrimiento y aplicación en el trabajo del vapor y de la electricidad, el desarrollo de la maquinaria en la industria y en la agricultura, el aprovechamiento de la química en una y otra, han multiplicado la fuerza productora, no ya del hombre, sí que tambien de la tierra. Da la tierra y el hombre mil veces más de lo que podían antes dar, y la miseria es mil veces mayor á la que antes existía.

Cierto que antes no se viajaba tanto y que los viajes resultaban penosísimos; cierto que las viviendas no eran tan confortables y se comía más mal; cierto que son más vistosos los vestidos, y los zapatos que usamos; cierto que muchos hemos aprendido á leer y escribir, aunque sea malamente; pero cierto, ciertísimo, también que en la primera mitad del siglo no había multitudes de trabajadores obligadas á emprender largas caminatas para buscar un mendrugo de pan con que alimentarse ellos y sus familias; cierto, ciertísimo tambien, que no había millares y millones de trabajadores forzados á dormir á la intempérie y á comer de lo que apañan; cierto ciertísimo que tampoco había millares que no pueden vestirse con la decencia exigida por la actual sociedad, y cierto ciertísimo también que no habia centenares que tuvieran que escribir contra su gusto y sus sentimientos.

En 1890 se ha visto, de un lado ostentación faustuosa por los acaparadores de la riqueza: fiestas internacionales expléndidas, banquetes colosales, derroche asombroso de dineral; de otro lado, descrédito infamante, las más ilustres figuras envueltas en asquerosas suciedades, llenándose ellas mismas de oprobio y vilipendio; y en torno del lujo y de la infamia, levantarse airada la protesta, ora de los pobres, de los míseros, ya de los hombres de arraigadas convicciones y firmes ideales.

Con severa y riquísima Exposición las Américas, con suntuosas fiestas en Europa, además de las ostentaciones cuotidianas ha mostrado su poderío el sistema capitalista con los escándalos del Panamá, en Francia, de los bancos, en Italia, de las fiestas de Colon, en la América del Norte, lo han desacreditado los mismos sostenedores; con huelgas revolucionarias y explosión de bombas lo han quebrantado los trabajadores.

Se ha hecho tanta ostentación de andrajos, como de riquezas; cuanto se ha desacreditado el sistema autoritario capitalista, tanto se ha enaltecido el libertario socialista; los atropellos

de arriba, han sido seguidos de violencias de abajo.

Pero lo que más comprueba que el sistema burgués está en sus postrimerías, es que con todo y contar con una vasta organización, no logra acuerdo ni medio alguno para detener el avance de la avalancha revolucionaria que espontáneamente se produce.

Y es que no es un partido al que hay que hay que combatir, sino al pueblo, á los trabajadores, y sin pueblo, sin trabajadores, el sostenimiento, la vida, no es posible.

Empéñanse en perseguir á un partido ó escuela determinada, en descubrir conspiraciones y organizaciones secretas, y con meses de anticipación y en públicas reuniones se anuncian los movimientos obreros, las luchas de los trabajadores. Prenden á los que suponen por su predicación impulsores de la violencia, y la violencia resulta cuando la masa no recibe influencia alguna de los creidos impulsadores; quieren imposibilitar la propaganda del ideal revindicador y conviértense ellos en predicadores.

En 1893 la idea anarquista, la misión emancipadora, ha dejado de ser la idea de unos cuantos pensadores, el propósito de un partido, para pasar á ser la acción popular, el resultado de la actividad de todos.

Para defenderla ó combatirla no hay ya quien no hable de anarquía; la preocupación efectiva de todos es hoy el socialismo.

La revo'ución en las inteligencias quedó hecha en 1893, que cuanto antes pase á la realidad mundanal es lo que anhelamos.

LA PUERTA ESTA CERRADA

No tanto para responder á las insinuaciones de gran número de compañeros, como para emitir nuestra humilde opinión acerca de tan debatido asunto, vamos á consagrar algunos párrafos al exámen de los sucesos últimamente ocurridos en Cayo Hueso.

Muchas y muy diversas han sido las versiones que sobre ello han circulado y muchos y contradictorios los rumores de que se ha hecho eco la prensa de esta capital, tan contradictorios y distintos que trabajo nos ha costado y grande llegar al conocimiento de lo que estimamos la verdad, y que como tal ofrecemos á nuestros compañeros.

Desde los primeros momentos se echó de ver que los periódicos que dieron la noticia de que una comisión de las autoridades del Cayo se hallaba entre nosotros con objeto de llevar tabaqueros á la casa de Villamil y Arango, desconocían las causas que obligaron á ambos señores á impetrar para tan sencilla operación el apoyo de las autoridades.

Examinado con detenimiento lo dicho por la prensa burguesa, y agregando sus indicaciones á las que de Cayo Hueso hemos recibido, llegamos á la conclusión, al presente indiscutible, de que existe en aquella localidad una huelga de obreros cubanos que se niegan á trabajar con lcs obreros peninsulares.

Esta conclusión, que no pierde importancia por más que conocemos muy de antemano su existencia, nos lleva á hacer declaraciones respecto á este particular, que no tememos hacer, porque ni nos duelen prendas ni acostumbramos á eludir responsabilidades, cuando estas pueden sobrevenirnos por haber puesto de manifiesto nuestra aspiración honrada, y las profundas convicciones que arraigan en nuestros pechos.

El elemento cubano residente en Cayo Hueso profesa respecto á los anarquistas ideas á nuestro juicio injustas. Para ellos los anarquistas, sin distinción de procedencias, son enemigos; para nosotros, sin que nos preocupemos para nada del lugar de su nacimiento, son obreros todos los que trabajan.

Con tales ideas y con los medios de practicarlas anexas á ellas, no puede haber lugar á la más pequeña duda respecto á nuestra conducta. Los obreros de Cayo Hueso negándose á trabajar con los peninsulares, son consecuentes con sus anteriores tradiciones. Nosotros, anarquistas, peninsulares y cubanos, negándonos á favorecer los intereses de los burgueses, seremos tambien consecuentes, no acudiendo á donde no se nos quiere, y mucho menos cuando para ello necesitemos del auxilio de la autoridad, auxilio que aun en nuestro provecho desdeñamos.

Desde hace mucho tiempo, desde aquella fecha para nosotros gloriosa de 1889 y tal vez para los obreros de Cayo Hueso de ingrata recordación, sabemos á qué atenernos y hemos sentado de un modo sólido nuestra linea de conducta sucesiva.

En aquella fecha, cuando los tabaqueros de Cayo Hueso determinaron una huelga, de cuyo triunfo se enorgullecen con razon todavia, y solicitaron nuestro apoyo, acudimos gustosos á prestárselo y llevamos nuestra solidaridad has a donde pueden llevarla los hombres de buena voluntad.

Cuando después de esto, como consecuencia de nuestro comportamiento, recibimos de aquellos trabajadores, ofuscados ó embaidos por ideas de soñada emancipación, ultrajes y vejámenes, solo encontramos razón para condolernos de tal ofuscación, y formamos en el fuero interno de nuestra conciencia la resolución firmísima de borrar de nuestra mente el recuerdo de las ofensas, y olvidar que en el planeta tierra existe un cayo en el cual puede haber trabajo cuando á nosotros nos falte, pan cuando tengamos hambre, y hogar cuando nos encontremos en la calle.

Y así lo hemos cumplido. Desde entónces, el camino trazado por nosotros lo hemos recorrido con entereza y denuedo. Nada, absolutamente nada, puede obligarnos á separarnos de él.

Cada vez que las brisas norteamericanas han traido hasta nosotros el lamento de nuestros compañeros del Cayo, estenuados por la miseria ó exasperados por las injusticias burguesas, nos hemos colocado resueltamente á su lado (desde aqui) y hemos hecho lo que hemos podido—más de lo que hemos podido.—

Tócanos hoy dar una postrera prueba á los obreros de Cayo Hueso. La más grande, la más trascendental que pudiera pedírsenos.

Es esta aquella á que nos lleva el amor á la causa que defendemos.

Frente á los sucesos actuales sin vanos alardes de *piadosas* prácticas, y sin vanaglorias ridículas, los anarquistas nos colocamos resueltamente al lado de nuestros compañeros que luchan. Amantes de la resistencia contra los fuertes, los débiles son nuestros aliados naturales.

Hechas estas declaraciones, la redacción de La Alarma ruega á todos los trabajadores que alguna consideración quieran prestar á sus consejos, que como ella se pongan del lado de los obreros de Cayo Hueso, que tengan presente que no es garntía suficiente el auxlio de autoridades que un dia prestan apoyo á los cubanos en perjuicio de los españoles y al siguiente lo prestan á estos contra los cubanos.

No es honroso, no es digno, no puede ser tolerado por los hombres que se precian en algo, consentir entrar en un pueblo á despecho de sus habitantes, custodiados por la fuerza armada.

El obrero peninsular tiene derecho—¿quién es capaz de dudarlo?—á trabajar en todas partes; pero en ninguna ha de hacerlo por la fuerza.

Hasta tanto los obreros del Cayo no quieran ser obreros, para nosotros la puerta de aquel pueblo, está cerrada.

DIOS Y EL POLICIA

Lo que son las cosas! Los sabiondos periodiodistas han igualado al policía con Dios. Según los *sociólogos* del *Diario* débese tender principalmense el pensamiento á la religión; según los de *La Lucha* á buena y numerosa policía.

Sin embargo, los primeros no fian del todo en Dios y piden la retorma del Código, y los segundos tampoco en la policía, y aceptan la conveniencia de reformas económicas y mejores costumbres políticas.

Nosotros nos reimos de ambas inocentadas, y aunque como Vaillant, creemos que los burgueses no han de entendernos, nos tomamos la molestia de explicárselo, para que no se nos pueda tachar de soberbios ó de brutos.

Remedando á Pi y Margall diremos que «las creencias como la virginidad, una vez perdidas no pueden recobrarse», y que aquellas se perdieron se encargan de repetirlo todos los dias los cofrades del *Diario*. Es más, ya no defienden á la religión por sí misma, por su bondad, por la razón ni por la fe siquiera, sino como medio de desviar del camino que se trazaron los trabajadores, de evitar el odio de los pobres contra los ricos. Son volterianos; les preocupa más la necesidad de inventar á Dios, que de demostrar su existencia.

Todo el mundo atribuyó á un Juan llamado el *Destripador* una serie de horrendos asesinatos ocurridos en Lóndres; púsose la policía en busca del asesiuo, redoblóse esta, y ni aun contando con la cooperación de la prensa y los ciudadanos logró dar con él. No pudo encontrar un criminal vulgar, un loco probablemente, y pretenden con ella nada menos que prever determinados actos de violencia que se propongan realizar hombres inteligentes y expertos que luchan por una idea.

¡Qué chuscos! Claman á diario contra la policía por inútil y aun á veces supónenla encubridora de los vicios y fechorías que se cometen, y piden su aumento, y elevase en Francia, como consecuencia de los consejos de los periodistas, el presupuesto referente á ella.

¡Pobres periodistas y policías si en el mundo hubiera tan solo cien hombres que creyeran que con bombas se resolvía el problema social. Con semejante idea, y dados los modernos adelantos en explosivos, ellos solos, trabajando cada uno de por si, podrían con segura impunidad aniquilar en poco tiempo la obra humana de tantos siglos. Aún no se ha dado el caso de que la policía descubra el autor de un atentado sin que le haya cogido infraganti ó que él mismo lo haya declarado. La policía es impotente si el acto es individual; con sus pesquisas no logra más que molestar centenares de inocentes, prendiendo los incapaces y àun contrarios de tales hechos; cuando fuere colectivo, cuando el pueblo en masa lo efectuara, la policía tendría que encerrarse en sus hogares ó cuarteles.

Pero han perdido de tal modo el tino los burgueses que da grima oirles ó leer lo que escriben.

Lo confunden todo. Ni su código conocen. Así ha podido el tan sesudo *Diario de la Marina* citar un artículo del Código que se refiere á cohetes, como si fuera el que corresponde á explosiones, estragos é incendio, por cierto bien severo, y *La Lucha* despues de haber publicado que sólo en España había 70,000 anarquistas y que se habían registrado diez mil casas de anarquistas en Francia, destaparse también con que los cálculos más exagerados no hacen subir á 30,000 los anarquistas en el mundo.

Escriben también tonterías en forma de doctrinal ó revistas extranjeras, é insertan tales paparruchas en los cablegramas, que de un tiempo á esta parte la lectura de la prensa diaria es el rato más divertido que pasamos en e día.

¡Si hasta los disturbios producidos por «personas distinguidas» en un teatro porque se había prohibido la «danza del vientre» han sido airibuidos á los anarquistas!

¡Pobre gente! No han visto ni leido siquiera, por más que lo hemos repetido en todos los tonos, que las bombas no tienen nada que ver con la anarquía, que son un accidente de la lucha social. Lo único eficaz es, por tanto, estudiar el problema social y resolverlo.

Lo demás es pura jeremiada.

CONTRA RUMORES

Sobre la conducta de nuestro compañero Sabino Muñiz se han apuntado algunas dudas que nos parece oportuno disipar en nuestro periódico, por más que ya lo haya hecho él mismo en dos diarios de esta ciudad.

Nos parece que la conducta del compañero de referencra no da margen á la más pequeña duda.

Mientras no hubo el más leve indicio de huelga ni por concepto obrero, ni político, se prestó á desempeñar la comisión de buscar tabaqueros sin distinción de clases ni procedencias.

Y enseguida que empezaron los rumores, renunció el puesto.

Los enemigos de Muñiz, que por fortuna suya son muchos, como los nuestros, quieren cebarse en él, y todavía dicen, *muy bajito*, que no ha cumplido como bueno.

El compahero Muñiz está por encima de semejante clase de aumores.

BIEN VENIDO

Compañeros redactores de LA ALARMA.

Ha llegado á mis manos el primer número del semanario que con ese nombre ha empezado á ver la luz en esa ciudad el 16 del corriente mes.

La aparición de una publicación de esa índole para propagar y defender el derecho de los obreros, es de valiosa importancia en todas partes, y más que en ninguna otra en Cuba, donde los obreros divididos entre sí por necias preocupaciones, parecen prestar toda su atención á la política local y no ocuparse mucho de conocer y estudiar el verdadero socialismo que enseña el camino que deben de seguir, para en su dia, poder conquistar unidos lo que todos deseamos.

La lectura de LA ALARMA me ha producido gran placer, porque eso me hace creer que los compañeros que viven ó existen en esa tierra, se encuentran animados para emprender nuevamente la tarea que en otros tiempos sostuvieron. Si así sucede, me proporcionaré al gusto de enviar desde aquí, con frecuencia algunas líneas, conforme á mi pobre inteligencia, á fin de que de ese modo los obreros de allá se enteren también de algunas cosas malas que aquí existen.

Como este país es una gran república, y lleva además el nombre de «Modelo», muchos creerán que aquí el obrero goza de completa libertad y que la miseria es también desconocida; porque es de suponerse que con una gran república, y sobre todo modelo, al trabajador se le remunere debidamente su trabajo; pero no es así. En prueba de ello, voy á dar una lijera idea de la situación en que se encuentran en la actualidad muchos de esos obreros.

Según ha manifestado el inspector de policía Byrnes, se encuentran en esta ciudad más de 100,000 hombres sin poder encontrar ocupación, y por consiguiente, destituidos de recursos. El inspector dice que esto constituye un elemento peligroso y que ese estado de miseria trae consigo la desesperación; por cuya razón se ha visto obligado á tomar medidas precautorias para impedir que tome fuerza algún desórden.

En los últimos doce meses trascurridos más de 13,000 personas se han suicidado en los Estados Unidos. la miseriá y los sufrimientos por falta de trabajo han sido las únicas causas.

En Filadelfia, según informes de la policía, más de 50,000 hombres se encuentran también sin tener ocupación. Un telegrama de Chicago dice que 2,000 personas se están muriendo de hambre, y que hay más de 15,000 que no tienen qué comer ni casa donde dormir. Una señora capitalista ha alquilado dos casas que servían de talleres en otro tiempo; y en ellas se alojan por las noches, empaquetados como sardinas, más de 1,500 de esos desgraciados.

En Buffalo se han empezado á repartir entre los hambrientos 5,000 raciones ó trozos de pan; pero esto solo durará diez días, pues los fondos para el caso no permiten que exceda de este tiempo. En Rochertes más de 10,000 hombres no encuentran tampoco trabajo y la mitad de ellos tienen familia. Es muy probable que una gran parte de esos que no trabajan se mueran en el curso del invierno: para entónces habrá disminuido algo la producción, y como los explotadores necesitan que sigan produciendo para seguir ellos aumentando sus riquezas, entónces, los que escapen con vida podrán ocupar los puestos que dejen vacantes los muertos. Por los datos que quedan apuntados podrán formarse una idea de lo que está pasando por estas regioues.

En medio de esa miseria se ostenta el lujo, la riqueza y la abundancia en posesión de aquellos que nada han producido; y sin embargo, en vista de todo esto no se les ocurre á los hambrientos que á ellos se debe todo, porque ellos lo han producido todo y no deben carecer de nada; que no se les ha remunerado el legítimo valor de su trabajo y por consiguiente tienen un perfecto derecho á usar de esa abundancia. Pero la esclavitud y la miseria degradan. En vez de asumir una actitud digna y viril, se someten mansamente y se conforman resignados. Por eso desapruebo la actitud que asumió mi compañera Emma Golman al dirigir la palabra á esas masas no hace mucho tiempo. Una clase que todo lo produce; que se le quita é impide usar de esos productos y que tiene hambre; que al darles un pedazo de pan el usurpador en señal de caridad, tiende la mano para recibirlo y se inclina humildemente, no merece que las personas que valen y pueden prestar mejores servicios en otras circunstancias se sacrifiquen por ella.

La prensa en general, que es de la burguesía, no cesa de comentar y apreciar, á su manera, las esplosiones de bombas que han tenido lugar por todas partes en estos últimos tiempos. Lo peor de todo es que á esos periódicos hacen coro muchos anémicos desgraciados que pertenecen á la clase esplotada. En cambio, aplauden las medidas exterminadoras que se proponen llevar á cabo los Gobiernos para acabar con los que usan las bombas de dinamita, porque dicen que son los peores criminales. Los daños causados por la bomba arrojada por Villant en las cámaras francesas, no pueden compararse con los daños y crímenes que han cometido los miembros de ese gobieano en la obra del canal de Panamá.

No hay bomba de dinamita que haya causado los daños de que los representantes del gobierno ingles son responsables por los asesinatos cometidos en la India por el hombre de Irlanda, por los asesinatos del Sur del Africa y por la carnicería de Egipto.

Si la prensa de aquí y los que le hacen coro desean encontrar más asesinos y criminales, que impunemente consuman su obra destructora, pueden dirigirse á los directores de ferrocarriles, banqueros y demás monopolistas de este país, é invitar al que de ellos se considere libre de ese pecado para que salga al frente y arroje la primera piedra.

BERTHA BERLIN.

Nueva York Diciembre 1893.

NOS PARECE MAL

No debemos ocultar, ya que la sinceridad es peculiarísima condición de nuestro carácter, el disgusto con que vemos la conducta que de algún tiempo á esta parte observa con nosotros el periódico *La Lucha*, diario que si hemos contado siempre como enemigo cual todos, distinguíamos empero como de los ménos apasionados.

Creíamos que el periódico aludido, siquiera por consecuencia con su prestigio demócratico, desdeñaría adoptar métodos de tal naturaleza, que por impropios desdeñaría le misma *Unión Constitucional*.

Nos explicaremos:

Desde hace algunas semanas, *La Lucha* al dar cuenta de nuestras reuniones, se preocupa más que de dar cuenta de lo que en ellas ocurre, de determinar la procedencia de determinado orador.

Cuando la reunión en la valla, hizo constar que el delegado de los anarquistas españoles á la Conferencia de Chicago, venía de Barcelona, «*donde tan graves sucesos se han desarrollado.*»

Más tarde, comentando un telegrama que sólo recibió *La Lucha*, en el cual se le decía que se había sorprendido en Nueva York un saco de café con destino á esta capital, y que ocultaba dentro una bomba de dinamita, estimulaba el periódico republicano á la policía para que averiguase «*quién debía recibir esa bomba*».

El día 28 del pasado Diciembre, por órden del Gobernador, fué suspendida una conferencia en el Círculo de Trabajadores, y ántes de llegar al Círculo el oficio del gobierno, ya nos había dicho *La Lucha* que solo se trataba de impedir la propaganda anarquista.

Pasa el Círculo una comunicación al Gobierno en estilo respetuoso y sencillo y *La Lucha* hace notar que hay unas frases en ella dignas de llamar la atención, deduciendo que el oficio del gobierno fue recibido con poca seriedad por los obreros.

Esa conducta, como se comprenderá fácilmente, no puede menos que parecernos un tanto extraña. La actitud de la prensa en general respecto á nosotros está bastante definida. El periódico que no nos dice asesinos ó brutos nos llama locos ó soñadores. Todos, excepto *La Lucha* coincidieron el mismo día publicando en contra del anarquismo largos editoriales.

Ninguno, sin embargo, como *La Lucha*, ha mostrado anta perseverancia en escribir sueltecitos hábiles llenos de eticencias.

Muy lejos estamos de pensar mal respecto de nadie cuando nos faltan pruebas; pero cualquiera creería que al periódico citado hace falta algún suceso pars desplegar su actividad, y que no prestándose la perfecta tranquilidad que reina en el país á la venta de grandes *Suplementos*, trátase de avivar los odios; ora presentando ante el gobierno á los anarquistas como sospechosos, ó ya señalando á los anarquistas los rigores del gobierno, para obtener por este medio que la violencia de carácter de una de las partes produzca la exasperación de la otra y surja el *grave suceso* que tanto parece desearse.

Nosotros, ya lo hemos dicho repetidas veces, vemos en todos tiempos con natural reserva todo lo que hasta nosotros llega procedente de extraño campo, y poco nos preocuparíamos de este asunto, si no sintiéramos la necesidad de prevenir á nuentros compañeros, á fin de no fiar demasiado en los que pareciéndonos amigos, pudieran muy bien ser encubiertos enemigos.

CUADRO SOCIAL

Los habitautes de una miserable aldea, tuviéronla que abandonar á consecuencia de sus discordias (que eran muchas.)

A tal estado de rebajamiento habían llegado sus moradores.

Como por tácito acuerdo, huyeron sin saber do plantarían sus nuevas tiendas y donde, sin los mudos testigos de sus vicios ocultar pudieran sus culpas, aunque sin propósito de enmienda.

Vagaron sin rumbo cierto por bosques y praderas estériles en razón de continuadas explotaciones. . . . Allá, á lo lejos, con gran contentamiento de todos, oyeron el cadencioso murmurio de espumosa agua que al caer de agreste eminencia esparcíase cual hilos de plata, dándole vida y frescura á la tierra por ella fertilizada.

Grande fué la alegría de aquellas gentes, cuando avanzando contemplar pudieron tan sin igual panorama.

Volvieron en torno su satisfecha vista aquellos caminantes, y vieron ¡oh tristes! la imposibilidad de salvar las distancias por peña enorme, interpuesta en el único camino, absolutamente necesario para la comunicación.

Silenciosos, llenos del más profundo rencor y sin dirigirse palabra alguna, cual piara de bestias, se reclinaron en la caldeada arena del camino.

Las mujeres lloraban tristemente, elevando la vista á los cielos, con sus hijos en brazos, demandando en esa muda plegaria del creyente, favor al Dios de su religión.

Los hombres, no menos tristes, dirigían estúpidas miradas al objeto de su desgracia. . . . Levantáronse hasta siete, y aisladamente probaron, por si podían, evitar tan enorme desgracia.

Pero, nada, ¡todo inútil. . . . algunos por falta de valor y alimentos morían, viendo, como claramente veían, la dicha y el bienestar á poca distancia. . . . Ya se disponían á esperar sus últimos momentos, cuando uno de los más prácticos, anciano, habló de esta manera: «Miserable de mí, ya que somos sordos para ese testigo de la humanidad que se llama Historia, no seamos ciegos, ya que somos débiles, probemos las ventajas de la unión, fórmula de los fuertes». Esto dicho, y dando el ejemplo, púsose de pié, todos le siguieron; llegaron hasta el obstáculo; sumáronse las fuerzas y cual palanca de Arquímides, levantaron en el espacio tan gigantesca mole, y arrojáronla á lo más profundo del abismo cual inmenso peñasco de nieve, que cae estruendosamente derretida por los rayos del sol.

Una vez llegado al punto objetivo, ocupóse cada cual en sus ordinarias tareas. Reuniéronse más tarde en un punto destinado al objeto para felicitar al anciano y pedirle consejos para evitar en lo posible los males de que fueron víctimas.

De que sois buenos lo sé,—díjole el anciano—bástame para ello el acto presente: con él demostrais la gratitud, y este sentimiento se anida sólo en almas nobles y pechos levantados; pero vuestra ignorancia os conduce á cometer malas acciones y actos que degradan.

Bien visto, no sois responsables de vuestras malas obras, pero fuerza es que os corrijais siquiera sea en vuestro provecho ya que no en desagravio de la justicia ofendida.

Os he oido muchas veces hablar de ciencias, literatura, bellas artes y hasta de política: mas á ser franco, muy pocas veces os he visto leer, y por ello no he podido menos de entristecerme, porque vuestras penas son las mias, vuestros dolores y sufrimientos mios han sido tambien.

Bien se me alcanza dónde está el orígen de vuestros males. Podrido como se halla el árbol, no es maravilla que no de buenos y sazonados frutos, pero ai menos, unámonos estreehamente para cultivar las pequeñas plantas de nuestros prados, para que atendidas con esmero y cuidado surjan robustas, brindando sombras para nuestros ganados y miriadas de frutas para nuestras familias.

Notad! Oh amigos mios! como nuestras bestias por propia intuición se unen para poner á salvo su querida prole del hambriento lobo que acecha para devorarla: y nosotros haciendo lujo y gala de la inteligencia que agradecer debemos á natura, mantenemos en lo alto, no la enseña de paz, de amor y confraternización como debiéramos, sino la inflexible y terrible espada de Damocles, envuelta en el odio y la sospecha más acerba, cual si pretendiéramos devorarnos y ahogar nuestros pensamientos sin contar con el célebre entimema de Descartes: «Pienso, luego soy», que es acaso una de las más lógicas conclusiones dictadas por sabio alguno.

Apenas surge de entre nosotros un espíritu organizador, cuando le rodeamos de dificultades, con perjuicio de nuestras generales conveniencias.

Tal parace que nos complacemos, como dicen los árabes, en arrojar piedras á los árboles cargados de frutos.

Nos dividimos unos de otros con perjuicio propio, en partidos, sin fijarnos en que los partidos, como los salvajes, gustan mucho de comer carne cruda de misionero mártir.

Estuvimos á punto de perecer á mitad de la jornada por nuestras pequeñeces y rencillas, que deprimen y rebajan nuestra personalidad moral. Mas, solo un momento ha bastado para salvarnos, porque la adversidad en estos casos es la mejor escuela y ella nos ha unido; ojalá que este ejemplo nos sirva de pauta para dirigir nuestra obra en lo futuro.

Despreciemos á aquellos que con estrechas miras y espíritu mezquino pretenden obstilizar nuestras mejores obras. Sí, porque si bien el desprecio no sienta, no por eso deja de ser fuerto coraza para la envidia, causa muchas veces de nuestras desgracias.

No perdamos el tiempo en tontas divagaciones, fijémonos en el desarrollo universal que nuestros hermanos los labradores adquieren cada vez más, por medio de la unión y la instrucción, baluartes poderosos que harán naufragar la nave de la opresión que por tanto tiempo ha paseado triunfante su bandera por el inmenso piélago de las injusticias.

Debemos estar prevenidos para evitar á nuestros hijos mayores infortunios, haciéndoles menos costosa la reclamación de sus derechos, los que les colocarán en el puesto á que son acreedores, con estas tres nobles armas, esgrimidas por nosotros: la prensa, el libro y la tribuna.

. . . .

Dicho esto, retiráronse los concurrentes á sus respectivos hogares, cou la idea firme y noble de corregir sus pasiones, desterrando de sus corazones el odio; haciéndoseles más dulce, más amable la vida moral, que nos hace gozar la rectitud de espíritu y el cumplimiento de nuestros deberes.

También retiréme yo satissecho de la noble y útil conducta de aquellos sencillos campesinos, y obligándome á aplaudir sus actos si fuesen rectos, y á censurarlo si fuesen. desmentidos.

UN GUAJIRO.

IMPRESIONES MIAS

No tenía trabajo en la Habana ni esperanzas de conseguirlo, y fuíme á buscarlo al campo. Llegué á San Antonio de los baños, y en vez de trabajo encontré la miseria, que es consiguiente en un pueblo obrero cuando el trabajo falta.

—A Santtago de las Vegas, me dije; y allá me fuí, encontrándome casi en las mismas condiciones, pues en la única fábrica donde se nota alguna animación es en la casa del señor Cuervo, en la cual no quise hacer diligencia porhabérseme advertido que era preciso dejar en la calle las ideas más queridas.

Determiné al fin marcharme á Bejucal, en donde me decían habia necesidad de brazos.

Aunque hay aquí más brazos que trabajo, al fin encontré; pero ¡qué trabajo! El que sea muy ágil sacará lo que se liama jornal; mas la generalidad no gana más que muy escasa mente la comida.

Hay que convencerse de que somos los mismos esclavos de ayer. Si á aquellos no se les daba calzado, si vestían indecentemente y comían de lo peor; si para hacerles pro ducir más se les apuraba á latigazos, y cuando á los intereses del amo convenía, se les vendia en pública almoneda; á nosotros, que erróneamente solemos llamarnos libres, se nos explota de tal modo que ya la vida se nos hace punto ménos que imposible; se nos fuerza á sufrir todo género de iniquidades, y si intentamos volver por los fueros de la dignidad, entonces se nos obliga á elegir entre el azote del hambre ó la humillación.

Aparte estas consideraciones, que no entran en mi propósito esta vez.

Hállome en Bejucal, cuyas fiestas de navidad me han causado dolorosa impresión. ¡Cuanta animación! ¡Cuanta algazara! Este es el pueblo de la alegría! ¡Nueve noches de *charanga* y nueve dias sin pensar en otra cosa. ¡Dichosa charanga! Había oido hablar de esa *cosa* rara algunas veces, pero sin comprender lo que era. Al fin ya estoy enterado: se me pareee á aquellos bandos de ñáñigos que se veian en la Habana hasta hace poco tiempo, y que, afortunadamente, desaparecieran ya. Pero volvamos sobre la alegría: Si este fuera un pueblo de ricos, se explicaría uno tanto placer; pero siendo, casi en su totalidad, obrero, viendo que despues de trabajar de sol á sol no gana el hombre ni siquiera para la mitad de las necesidades más perentorias; que si se nos enferma un hijo ó la esposa tenemos que salir cual míseros limosneros suplicando para reunir algunos centavos con pagar al médico el servicio de no dejar morir al enfermo y al boticario la droga que ha de curarlo, ¿cómo es posible que haya ánimo dispuesto á divertirse con tal exceso y tan disparatadamente?

Trabajanda y sumido en estas reflexiones me hallaba, cuando la voz del lector me hizo dar cuenta de mi estado psíquico.

Comenzaba el segundo turno, terminado el cual se leyeron décimas picantes de uno á otro bando; terminado el tercero nuevas décimas, y en medio de ellas una carta de un compañero que pedía de favor que le recogieran para pagar el pasaje á Key West, ya que en Cuba había perdido la esperanza de encontrar trabajo, y sin trabajar el obrero no puede subsistir. Creí que la lectura de aquella carta mataría el alborozo; pero equivoquéme grandemente. Las décimas siguieron como antes, y como antes acogidas con aplausos, silbidos y risotadas estrepitosas.

Volvime á mis reflexiones, y de una en otra conjetura, acabé por hacer justicia á los burgueses, reconociendo las excelentes condiciones en que está el trabajador para ser explotado sin compasión alguna y se les pague su salario en plata en vez de oro, sea cual sea la depreciacion de la plata. Saben los burgueses que pueden hacerlo todo impunemente, y cuando perciben en la dotación señales de disgusto les basta agitar la bandera de los placeres, porque están seguros que entre el ruido de los tambores y á la pálida luz de los farolitos de papel renacerá al momento la paz y tranquilidad de sus almas, hoy sobresaltadas por los albores de la revolución que se vislumbra.

Durante la noche buena echaron el resto «La Seiba» y la «Espina de Oro» [nombres de los referidos bandos], arrastrando inmensas muchedumbres que olvidándose de las iniquidades con que la tiranía burguesa les azota, han consagrado á estúpidos placeres nueve noches en las que podía, á nombre del Redentor haber laborado para el porvenir.

Mas ¡ah! que fuera tontería pedir á una generación educada para la esclavitud, actitudes y procedimientos de otra índole.

Si en esos momentos dedicados á la bacanal, hubiera intentado el pueblo víctima, imitando á Cristo, laborar para su redención, para su dignidad hoy pisoteada por los déspotas, ya veriamo- á esos mismcs burgueses que hoy protejen sus incomprensiblas alegrías, preparados unos para procesar y encarcelar, otros para fusilar, y todos para tiranizar. Por ahora no tienen que ocuparse en tan *noble* tarea. El pueblo todavía se divierte.

SOUVERAINE.

Bejucal Diciembre de 1893.

EN BROMA

Pues señor. . . . Y va de cuento:

«Este era un hombre que tenía muchísimo dinero.

Pero como las riquezas, por más que sean una garantía de buena vida, no lo son de buena muerte, resultó que el hombre «estiró la pata» el dia que menos se lo figuraba, y se murió del modo más prosaico del mundo, así. . . . , sin decirle nada á nadie, de repente dejando en la mayor desolación á su esposa, hijos, sobrinos y demás personas de su amistad.

La familia, que si tenía mucho cariño al muerto, se lo tenía mucho más entrañable al dinero que dejaba, discurrió con muy buen juicio por cierto que habiendo muerto el hombre sin hacer testamento, les iba á eostar mucho trabajo entrar en posesión de las riquezas.

Discutieron y discutieron sobre el partícular todos los familiares del difunto, y despues de mucho hablar, se acordó por unanimidad la siguiente proposición.

En primer lugar se haría correr la voz entre los amigos de !a casa de que el hombre estaba solo enfermo gravemente.

Acto seguido, uno de los familiares iría en busca de un notario significándole que el enfermo deseaba hacer testamento, advirtiéndole solamente que el moribundo no podía hablar y que solo contestaría por señas á las preguntas que se le hicieran.

Para que esto pudiera simularse, se convino en atar á la barba del muerto un cordel fino, que siguiendo por bajo la camisa y pantalones, llegara su otra punta al suelo.

Debajo de la cama se colocaría uno de los dolientes, que con la punta del cordel en la mano se encargara de tirar de él cuando conviniera que el muerto dijera que sí.

Combinado el plan de ese manera, acto seguido se puso en ejecución.

Llegado el notario á la casa, bastóle fijar una mirada en el *enfermo* para comprender que estaba más muerto que su abuelo; pero reservado como buen notario, no se dió por entendido.

—Vamos á ver, querido tio, dijo uno de los sobrinos dirigiéndose al muerto, ¿se siente usted con fuerzas suficientes para hacer testamento?

El que estaba bajo la cama tiró del cordelito, el muerto hizo señas de que sí, y el notario se puso á escribir.

—¿Está usted de conformidad, tio, en que su esposa herede la hacienda tal?

El muerto hizo señas de que sí.

—Y á mí, querido tio, ¿consiente usted en dejarme la hacienda cual?

La misma señal de asentimiento.

—Y se conforma usted con que el resto de su fortuna se reparta entre sus demás parientes?

El muerto dijo que sí dos veces.

El notario, viendo que se lo repartían todo entre ellos y no se acordaban de él, interrogó al muerto de este modo:

—Dígame sted, mi querido señor: ¿no opina usted que se me deben asignar diez mil duros por ms honorarios?

Esta vez el muerto se quedó quieto.

Sin desconcertarse por ello, el notario volvió á hacer la pregunta en tono más alto.

La misma inmovilidad.

Entónces nuestro hombre se levantó con la mayor calma, y alzando la sábana de la cama, le dijo al asombrado pariente que estaba debajo:

—Amigo mio; ¡ó se tira del cordelito para todos ó no se tira para nadie!

❧

Nos parece que el cuentecito anterir le viene como de encargo al señor Gobernador Regional.

Quiere, porque así es su volutad, que el director de LA ALARMA le lleve un certificado que diga que está en el uso de sus derechos, en vez de decir que no está privado.

Y en el Ayuntamiento dicen que no hay ni un solo certificada expedido en la forma que lo pide el Gobernador.

Y el General cree que lo mismo es decir que está uno dentro, que asegurar que no está fuera.

Pero el Gobernador que sabe que todos los periódicos que se publican en la Habana están en las mismas condiciones, no quiere tirar del cordelito para nosotros.

Lo cual da una alta muestra de la gran imparcialidad que preside siempre en todos los actos del señor Barrios.

❧

Y bien mirado, se necesita tener retemuchísima seriedad para no sentir ganas de reir al conocer la diversidad de cre terios de la trinidad gubernativa de la provincia de la Habana, que deja tamañita á la trinidad santísima de que nos hablan los religiosos.

No recordamos haber visto nunca una muestra más perfecta de la imperfección del sistema gubernamental.

El General; el Gobernador, y el Alcalde: tres personas distintas y ninguna opinión verdadera, ó lo que es lo mismo, un agiaco que no le entiende ni el Padre, ni el hijo, ni el Espíritu Santo.

❧

De todos modos, vale la pena de felicitarnos por la persecución de que hemos sido objeto.

Porque un periódico que mereciera las simpatías del gobierno, necesariamente tenía que ser una cataplasma.

Y moriría de indiferencia popular.

Que es la enfermedad más grave que se conoce en la clínica de la literatura moderna.

❧

Y pongamos punto final á esta sección, no sea que se le ocurra al señor gobernador agregar nuestro nombre á la lista de los ciento y pico que se ha entregado á la policia con fines que no se ocultarán á la penetración de nuestros compañeros.

SUSCRIPCION PERMANENTE

PARA LOS ANARQUISTAS PRESOS EN LA REGIÓN ESPAÑOLA.

Suma anterioi, $15-62, un anarquista, 20 cts.; un hambriento 10; otro por Orsini, 20; Nosotros 20, uno con camisa y corbata 40; uno con chaleco y bombin 10; S. P. 20; R. G, 4; Un b ... 5; tres obreros 60; B. B. 20; uno que se rebela 5; un amigo de M. C. 40; Esparabán 20; Pelayo 20! El general Molina 10; A. B. 10; uno 5; un dispuesto 10: Yo 20, dcs latas 20; un trabajador, 20; Basilio Gonzalez 10; José Tarrago 10; Feliciano Hernandez 50; L. B. 30 Antonio González 10; El viejo 20; R. M. 20; S. M. 40; total $21-61.

Nstas.—De esta suma $4-09 proceden de la tabaquería «El Quijote.»

Varios compañeros ofrecen continuar suscribiéndose todos los meses interin haya presos anarquistas en las cárceles de la Península.

Suscripción á favor de las viudas de Ruiz y Pallás.

Suma anterior: $10-05; Feliciano Hernandez 50; José Cobo, 20; César García 20; Uno que quiere... 10; José Inés Valdés 20; Arango 10; Jose Fabian 10; Juan A. Ruibal 25; Adriano Muñiz 20; Faustino Alvarez 20; Y se la pongo 20 Un... para los burgueses 25; L. B. 20; Salvador Casas20; Suma $12-75.

Correspondencia Administrativa.

E. P. Cayo Hueso. Recibida tuya; aumentamos números.

Ocala, Fla. Gira cuando quieras cargando costo á nuestra cuenta.

A. D. Jovellanos: Cobra sin recibos.

Todo para todos. N. York. Recibida suya, enviamos periódicos.

Catabazar. J. B. Recida la suya. Agradecemos acogida.

Imprenta LA TIPOGRAFIA. O'Reilly 10.